

## Lo local

**JORGE ALEJANDRO MEDELLÍN BECERRA.**  
**RECTOR COLEGIO CLAUSTRO MODERNO**

Tomando como punto de partida la Ley General de Educación, el Claustro Moderno, una institución en la educación colombiana con 42 años de labores, se atrevió a enfocar la enseñanza desde los ciclos, superando el concepto de año escolar.

# ¿ORGANIZACIÓN POR CICLOS?

Para decirlo de otra manera, nos concentramos en la autonomía institucional que la Ley proponía para avanzar en la tarea de encontrar el hombre o la mujer inmersos en las profundidades de los niños, las niñas y los adolescentes. Y empezamos a identificar trazos fundamentales de una nueva organización escolar, apoyada en algunos de los postulados y de los casos que comentaremos a continuación, y que nos han servido de diagnóstico preliminar para iniciar la construcción de puentes entre la escuela y la vida.

### Las causas

**Los niños no son solamente estudiantes.** Esto implica cambio radical de enfoque a partir del cual se pretende revalorizar la idea de niño que utiliza una institución escolar o un sistema educativo.

Los programas y las áreas son habitualmente aceptados como fines de la educación y la evaluación como “fotografía” de un nivel de aprendizaje uniforme y colectivo. Si aceptamos que los niños son seres humanos, y no solamente estudiantes, su tarea primordial es crecer y desarrollarse y la de los maestros y escuelas acompañar ese proceso, para lo cual resulta indispensable reconocer en el desarrollo humano el camino por excelencia.

En este caso, los programas y las áreas son aceptados como instrumentos que tienen como fin el desarrollo humano y las preguntas se desplazan de por qué, cuándo y cómo estudian los niños, a por qué, cuándo y cómo se desarrollan como seres humanos. Aparecen súbitamente, como quien retira de los ojos una espesa capa que no deja enfocar, tallas, pesos, tasas de crecimiento, hormonas, fortalezas o dificultades de socialización, de integración escolar

Después de un recorrido de más de dos décadas dedicados a formar a niños y niñas, no para la escuela sino para vida, como reza el lema del Claustro Moderno, las directivas nos preocupamos por determinar si en ese camino la escuela cumplía un papel adecuado.

De modo que nos preguntamos de nuevo muchos de los porqués originales de la educación: por qué los grados, por qué la primaria, por qué el bachillerato, por qué la evaluación, por qué los horarios, por qué las aulas, y en ese oficio confuso pero fundamental nos fuimos remitiendo al pasado remoto, hasta entender que la escuela de hoy había sido diseñada para realidades históricas lejanas y que, a pesar de la inocultable evolución de la mayoría de las instituciones sociales, políticas y culturales, la escuela permanecía invicta, ostentando sin pudor las enormes grietas en su aparente victoria contra el tiempo, en una apretada pero desprestigiada competencia con otras anacrónicas –e inevitables–, instituciones como las cárceles, los cuarteles y los conventos.

Sabíamos que muchas cosas no andaban bien; nos preguntábamos, por ejemplo, ¿en qué otro lugar distinto de la escuela, al cabo del año se torna indispensable volver a hacer todo de nuevo? Con dificultad aceptamos que en algunos casos se repita aquello que resulta estrictamente necesario, pero, ¿todo? ¿A qué funcionario público o privado, o incluso a qué soldado o general, preso o carcelero, obispo o monaguillo se obliga a realizar todo de nuevo durante un año, porque en algo no alcanzó sus objetivos? “Es que ellos son adultos –dirá alguien–. Y los adultos no repiten: los niños, sí.”

De esta extraña y perversa manera, el tiempo de los mayores se torna más importante que el de los menores. Debe ser por eso que todos vivimos de afán.

### La Ley da la oportunidad

La aprobación de la Ley 115 General de Educación, en 1994, resultó para el Claustro una oportunidad única que no desaprovechamos. Nosotros, que aprendimos a preguntarnos cuestiones básicas de nuevo, encontramos en la Ley un espaldarazo para volver ‘oficiales’ nuestras inquietudes y necesidades privadas.



# LA RESPUESTA CORRECTA ES, DEPENDE

o familiar, síntomas variados de pubertad, talentos o limitaciones especiales en áreas y campos conocidos o desconocidos, temperamentos y personalidades diversos y moldeables, en suma, seres humanos cargados de realidades, ilusiones y sueños que los programas y las áreas, concebidos como fines de la escuela, no dejaban ver.

**La evaluación es ante todo acompañamiento personal.** Gabriela, con muchos años de experiencia como profesora de Transición, durante una reunión de evaluación señaló a tres o cuatro niños que a su juicio, y en relación con los programas vigentes, no debían ser promovidos a Primero. Sus razones eran tan claras que nos pusieron a dudar. “¿Qué pasa –dijimos a Gabriela– si no sólo los pasamos a Primero, sino que también te promovemos con ellos?”

Gabriela se asustó y protestó, pero aceptó. Al año siguiente, en abril, examinamos de nuevo los tres o cuatro casos, y encontramos que estaban en el nivel general del grupo. ¿Qué daños hubiéramos ocasionado en esos casos al insistir en la repitencia? ¿Qué costos en términos de autoestima y motivación hubiéramos provocado en esos niños y sus familias?

Puede que haya excepciones: siempre las hay. Podemos señalar, como cualquier otra institución, algunos casos documentados para demostrar ciertas recónditas ventajas de repetir un año; pero, en todo caso no llegan a 5% del total de alumnos de cada grado.

**El año escolar puede ser muy corto.** En estrecha relación con el postulado anterior, presentamos este caso, de enorme trascendencia pedagógica: Pedro llegó al Claustro en agosto, hacia finales de curso: tenía 13 años y el cuarto grado muy comprometido.

Venía, por supuesto, de varios fracasos escolares, de varios colegios y múltiples diagnósticos confirmados de trastorno de déficit de atención e hiperactividad. Su nivel académico correspondía, en el mejor de los casos, a Tercer grado; y Pedro se negaba, con sobradas razones, a ingresar en un grupo donde la edad promedio era de nueve años y la estatura al menos diez centímetros por debajo de la suya.

Lo más fácil, en estos casos, es negar el cupo con el argumento fácil y cierto de que no tiene el nivel adecuado. Aun así, optamos por comprometernos con el caso y recibirlo en Cuarto. Sin embargo, sólo contábamos con escasos cuatro meses para pretender nivelarlo y avanzar.

Nos preguntamos  
de nuevo muchos de los  
porqués originales de  
la educación: por qué  
los grados, por qué la  
primaria, por qué  
el bachillerato, por qué  
la evaluación.

Propusimos entonces que la evaluación de Cuarto se uniera con la de Quinto, al finalizar no el año en curso, sino el siguiente. Sabíamos de antemano que evaluarlo en noviembre del mismo año en el que lo estábamos aceptando era conducirlo sin duda a un nuevo y tal vez definitivo fracaso escolar.

Pedro pasó a Quinto con muchos de los mismos vacíos con que había ingresado al Claustro, pero con bastantes más razones para estudiar; y dada su simpatía, con una popularidad bien ganada entre sus compañeros; pero, sobre todo, con menos motivos para fracasar.

Al cabo del año, su nivel está cercano al promedio del grupo y su promoción al grado Sexto fue, en consecuencia, un hecho. El año escolar de Pedro duró año y medio. En algunos casos podría durar dos o tres años, de la misma manera que en otros bien podría durar un año, o menos. Todo depende de lo que esté en juego.

El desempeño en los exámenes no permite predecir en todos los casos el desempeño en la vida escolar. Para ilustrar este postulado presentaremos el caso de Mercedes, que ingresó a Séptimo el mes de julio de un año reciente. Venía de un colegio internacional de calendario B, con el Sexto perdido por su bajo rendimiento en matemáticas y especialmente por no haber superado las pruebas de idioma extranjero.

No vamos a hablar de su autoestima sencillamente porque no la tenía. Se había resignado a aceptar los repetidos esfuerzos de la institución para demostrar a ella y a su familia que se trataba de un caso de incompetencia académica; en consecuencia, Mercedes pensaba que era ‘bruta’.

La recibimos en Séptimo con la intención de resolver la promoción de Sexto con los exámenes de matemáticas pendientes a los dos o tres meses de haber ingresado al Claustro, lo cual en efecto hicimos, sin sospechar que íbamos a tener una situación en extremo confusa: el rendimiento de Mercedes en Séptimo era satisfactorio, por encima incluso de muchos de sus compañeros, pero al rendir las pruebas pendientes de Sexto, no las aprobó, lo que tampoco hizo al repetir las.

Pero, en Séptimo estaba, no sólo bien, sino además cómoda y contenta. De modo que no valía la pena insistir en que demostrara mediante una prueba escrita si tenía el nivel para permanecer en el grado en el cual ya estaba nivelada y confiada.

**Los ritmos de aprendizaje son individuales.** Expondré la que llamamos Parábola del río: en una orilla están los alumnos que se disponen a cursar un año escolar cualquiera, que es el río. Esa orilla se llama enero; mientras que la otra orilla se llama noviembre. Al conteo de tres, todos los alumnos saltan al río y empiezan a nadar. Por el hecho de saltar al mismo tiempo, podemos suponer que se encuentran todos igualmente habilitados para nadar en ese río.

En la mitad del río hay una isla –las vacaciones de junio y julio–, que sirve para descansar y tomar nuevo impulso. Sin embargo, no todos llegan a esa isla al mismo tiempo: algunos llegan antes, un grupo nutrido al mismo tiempo, mientras otros se encuentran a mitad de camino.

Lo mismo sucede al llegar a la otra orilla: los primeros descansan “hasta el cansancio”, obligados a esperar al grupo principal, y un poco más, mientras la organización se dispone a lanzar salvavidas con cuerdas gruesas para arrastrar a los rezagados, o bien para declarar oficialmente que algunos se han hundido.

Es de esta manera como se conforma cada grupo. Lo que normalmente no se nota es que algunos de los nadadores lo hacen con más placer que otros; que mientras unos se esfuerzan por llegar primero y recibir las medallas y los premios, otros se concentran en hacerlo bien o en mejorar su estilo y, por qué no, alguno encontrará placentero nadar por nadar, no sólo por llegar.

Pero, además, y aquí radica lo perverso del ejercicio, nadie nota que a lado y lado hay otros ríos, que las corrientes, los paisajes y las pendientes son distintas y que, en consecuencia, aquellos que se destacan en un mismo río no necesariamente lo van a hacer en los demás. La pregunta asoma a gritos: ¿Es indispensable que todos naden igual y lleguen al mismo tiempo?



## Lo local

### Las consecuencias

Los anteriores postulados fueron, o bien la causa o bien la consecuencia de que desde hace once años estemos trabajando bajo el esquema de una organización por ciclos –que en el Claustro llamamos Etapas<sup>1</sup>–, a partir de la cual agrupamos los grados como aparece en la Tabla 1, no sin antes corregir errores durante al menos cuatro años.

Este es nuestro esquema de trabajo institucional, resultado del trabajo colectivo en el Claustro Moderno. No sabemos si es mejor o peor que otros, pero es el nuestro (y esto es especialmente válido cuando una institución piensa menos en emular a otras y más en fortalecer su propia reputación). Lo que sí podemos afirmar con satisfacción, es que nos ha permitido cualificar muchos de nuestros conceptos y proyectos pedagógicos, a partir de una serie de ventajas que, por ahora, dejamos apenas enunciadas:

#### Pensar la institución en función de las edades.

No hay coordinadores por áreas, sino por edades (Etapas), lo que significa que la institución intenta especializarse todo lo que resulte necesario y posible en el conocimiento de las particularidades de cada edad o grupo de edades.

Encontramos, así, la posibilidad de reconocer que la institución es también capaz de adaptarse a las características múltiples y variadas de los niños en cada Etapa, para no reproducir la falsa y nociva idea de que las instituciones son estáticas, insensibles y eternas.

**Los espacios crecen.** En algún lejano y espléndido momento, nos atrevimos a reconocer que en la primaria no había un niño –entendido como una sola edad “grande”, con sus características, posibilidades, limitaciones y rasgos definidos–, sino al menos dos niños. Lo mismo, en el bachillerato. Lo que intentamos fue desagrupar ambos niveles en dos, y por ello, con la nueva programación de los horarios, el colegio se “agrandó”: mientras unas etapas están en recreo fuera del aula, las demás realizan actividades dentro del aula o en recintos cerrados, disponiendo todos los espacios del colegio para una sola edad.

#### Los maestros escogen la edad de su preferencia.

Hay una pregunta que debería hacerse cada maestro: qué edad prefiere para enseñar. Por temperamento, por afinidad, por cercanía, por experiencias con los hijos, por lenguaje, los maestros tenemos siempre una edad con la que nos relacionamos mejor. Hay casos asombrosos de fluida comunicación y comprensión entre ciertos maestros y los adolescentes, así como casos no menos asombrosos de incomunicación. Lo mismo sucede con los niños de preescolar, con los universitarios, con los niños de entre ocho y diez años, o cualquier otra combinación.

**Los directores de grupo enriquecen la evaluación.** Desde hace tres años estamos promoviendo la vinculación de los directores con su grupo por los distintos grados de una misma Etapa. Los que inician como directores de Cuarto van con ese grupo hasta Sexto; los que inician en Primero van hasta Tercero; y los que inician en Séptimo van hasta Noveno.

Tabla 1. División por Ciclos (Etapas) de la enseñanza en el Colegio Claustro Moderno

Etapa	Grados	Grupos
Etapa 0	Grados: Jardín y Transición	Grupos: Jardín A, Jardín B, Transición A, Transición B
Etapa 1	Grados: 1°, 2°, 3°	Grupos: 1°A, 1°B, 2°A, 2°B, 3°A, 3°B
Etapa 2	Grados: 4°, 5°, 6°	Grupos: 4°A, 4°B, 5°A, 5°B, 6°A, 6°B
Etapa 3	Grados: 7°, 8°, 9°	Grupos: 7°A, 7°B, 8°A, 8°B, 9°A, 9°B
Etapa 4	10° y 11°	Grupos: 10°A, 10°B, 11°A, 11°B

Las virtudes de este esquema no se anulan por el poco frecuente evento de que haya una relación áspera entre un grupo y su director que, después de intentar suavizarla sin éxito, se pueda revisar o cambiar.

Por lo general, la experiencia ha sido maravillosa y los directores de grupo se “aprenden de memoria” a sus dirigidos, dando cuenta extensa e intensa de sus generalidades y, en especial, de sus individualidades. La evaluación así –como nunca antes–, se torna integral, permanente y cualitativa. Al terminar con un grupo en la Etapa correspondiente, el director vuelve a empezar, contando con una visión de largo plazo sobre sus niños, que enriquece de manera sensible su quehacer y su criterio.

Hay una frase que resume todas y cada una de las bondades y las enormes ventajas de este esquema de organización por Etapas: La respuesta correcta es depende. ¿De qué depende? De la Etapa. Así, los horarios, los exámenes, las actividades, las tareas, los programas, las evaluaciones, los manuales de convivencia y otros aspectos de la organización escolar empiezan a encontrar para cada Etapa su mejor propuesta. Por eso, cuando nos invitaron

como ponentes al Foro Nacional de Evaluación pudimos llevar con firmeza la contraria y afirmar sin duda alguna: depende.

Nada más atractivo y cómodo para repensar la escuela que el esquema por Ciclos o Etapas. Los consejos académicos encontrarán la fabulosa oportunidad de revisar y enriquecer muchos programas, objetivos y tareas en función de las edades o grupos de edades más visibles de su institución. Este es un escenario que no se puede desaprovechar.

La organización por Etapas, como muchas otras innovaciones pedagógicas, necesita una actitud abierta a la experimentación y al riesgo. Por lo general, los argumentos contra el cambio son más aceptados porque suenan más fuerte.

Quisiéramos motivar mucho más a los maestros a seguir este esquema como punto de partida de futuras y agradables sorpresas. Quizás Gabriela, Pedro y Mercedes expliquen mejor que nosotros sus bondades. Por lo pronto, dejamos a manera de reflexión dos frases pertinentes y significativas: la primera, de Albert Einstein: “No podemos resolver problemas pensando de la misma manera que cuando los creamos”; la segunda, de Thomas Fuller: “Todo es muy difícil antes de ser sencillo”.



<sup>1</sup>Preferimos el concepto de etapa, que da cuenta de una fase del desarrollo de una acción o de una obra, que el de ciclo, que da cuenta de “un periodo de tiempo o cierto número de años que, acabados, se vuelven a contar de nuevo” (DRAE). Entendemos que, sin embargo, la intención es la misma y no vale la pena demorar en etimologías.